

El juego de Até: locos y alienados en el engranaje literario cervantino

Respuesta al discurso de ingreso como socio de número en la Asociación Española de Médicos y Escritores de Artistas (ASEMEYA) del Dr. D. Francisco López-Muñoz.

Alfonso Encinas Sotillos

Organización Médica Colegial de España (OMC) 17 de noviembre de 2021

Señor presidente de ASEMEYA, miembros de la Junta Directiva, amigos todos:

En primer lugar, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a ASEMEYA por delegar en mí la voz de nuestra asociación para recibir a nuestro nuevo compañero. Es la primera vez desde mi ingreso como miembro numerario que se me encomienda esta misión, solemne y siempre gozosa, de dar la bienvenida al que llega.

Y no es poco honor para mí recibir al Dr. López-Muñoz, a quien conocí en persona y me asombró intelectualmente cuando presencié una conferencia cervantina que impartió en el Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Madrid en octubre del pasado año prepandémico 2019 y que tituló: “Los agentes farmacológicos en las obras literarias de Cervantes”.

Un verdadero deleite es el tener a nuestro lado a un compañero que, además de destacar en su ciencia (la farmacología), posee y utiliza gallardamente dos recursos que no siempre coinciden: uno, su palabra - elocuente, reposada, segura-; otro, su pluma -elegante y plena de matices-.

Estoy convencido que todos ustedes, tras escuchar su discurso, comparten conmigo el mismo placer que yo sentí en 2019 y que reflejan mis palabras previas.

En su conferencia existen dos núcleos expositivos. Uno, el de la locura; el segundo, el autor -Don Miguel de Cervantes – que nos la traslada en su obra. Por brevedad me detendré casi con exclusividad sobre el primero.

¿Cómo definir a la locura? Según el Diccionario de la R.A.E la define como “privación del juicio o del uso de la razón”. Pero siguiendo la línea de “cada cosa en su tiempo” y tal y como nos

indica el Dr. López-Muñoz en su artículo *Las cuatro caras del phármakon y la “falta de juicio” en los textos cervantinos*

la locura siempre ha sido interpretada como una desviación de las normas sociales (*de lire ire*, que en latín viene a significar “desviado del surco recto”), aunque, realmente, hasta el siglo XX nunca ha resultado fácil discernir la cualidad o la intensidad de estas desviaciones para poder catalogar a un sujeto como “loco”, gracias, en gran medida, a la obra de Emil Kraepelin (1856-1926) y su nosología.

En definitiva, la clave diagnóstica es el vocablo “surco”, tan querido por mi admirado Rof Carballo y más en su acepción gallega “ronsel”, que significa la estela que un navio va dejando en el mar. Si una persona renacentista sigue el surco marcado por la sociedad será cuerda; si de él se desvía, tendremos un enajenado o loco.

También la interpretación etiológica de la locura fue evolucionando, como nos lo refiere nuestro compañero en su artículo previamente citado: desde la influencia sobrenatural o la posesión demoníaca en la Antigüedad, al castigo divino en el Medioevo y finalmente, serían las corrientes humanistas del Renacimiento las que enlazarían los conceptos de locura y de razón, y aportarían las primeras aproximaciones científicas al contexto de la alteración mental.

En la Historia de la Literatura Universal, la locura se ha usado por múltiples autores para incorporarla a sus protagonistas; recordemos aquí a Shakespeare con su *Hamlet*, Robert Louis Stevenson en *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, etc. Es más: no pocos de ellos tuvieron algún tipo de trastorno mental, que muy posiblemente fue un motor desde el que trasladaron su creatividad: desde la esquizofrenia del genial Hölderlin pasando por el desequilibrio del excelso Marcel Proust, lo que afianza la sentencia de que “los locos abren caminos que más tarde seguirán los sabios”. Y si a lo anterior añadimos las excentricidades de los que “se hacían el loco”, como Azorín quien se paseaba por Madrid con un paraguas rojo, o Valle-Inclán que salía por las noches a la Plaza de Oriente con su objetivo de despertar al Rey, veremos que el campo psicopatológico fue un buen abono para la siembra literaria.

Varias razones nos pueden explicar el uso literario de la locura: los locos manifiestan aspectos de la sociedad que esta no quiere aceptar y que no pueden reflejar libremente. Además, es una fuerza que expresa nuestros peores miedos ante las fuerzas irracionales.

Michel Foucault en su obra *Historia de la locura en la época clásica* demostró que la razón no puede existir sin la sinrazón, y como consecuencia, las diferentes formas de comprender, expresar y ver la locura a través de la historia humana revelan más acerca de la sociedad que de la propia enfermedad propiamente dicha.

¿Y no es acaso locura la que manifestamos los españoles al no darle la importancia debida a Cervantes hasta el siglo XVIII y todo por influencia del mundo anglosajón? Así nos lo dice Luis Alberto de Cuenca en su artículo de ABC *Un largo viaje por el territorio cervantino*:

Bueno es recordar que Cervantes es Cervantes por obra y gracia de la narrativa anglosajona de los siglos XVIII y XIX, lo mismo que Calderón es «un invento de los alemanes», como solía repetir Borges.

No es también una peligrosa locura la que expresaron ilustres personajes de nuestra cultura en el siglo XIX con sus comentarios sobre Cervantes aplicando en él una mira exclusivamente positivista. Así nos lo expuso el gran Américo Castro en la introducción a su libro *El pensamiento de Cervantes*, en el que expone textos entre otros del gran D. Marcelino Menéndez Pelayo quien en su *Historia de las ideas estéticas* escribió:

[...] las ideas científicas de Cervantes, si es que tal nombre merecen, casi nunca traspasan los límites del buen sentido, ni se elevan un punto sobre el nivel (ciertamente muy alto) de la cultura española del siglo XVI, como puede probarse por innumerables libros anteriores a él y de contemporáneos suyos, en los cuales están dichas las mismas cosas con mejor orden y método, con más trabazón científica y de manera más profunda y radical.

Y siguiendo con D. Marcelino, este expresaba:

Cervantes era poeta y sólo poeta, *ingenio lego* como en su tiempo se decía. Sus nociones científicas no podían ser otras que las de la sociedad en que vivía. Y aun dentro de éstas no podían ser las más peregrinas, las del menor número, sino las del número mayor, las ideas oficiales, digámoslo así, puesto que no había tenido tiempo ni afición para formarse otras.

Muy cierto es, como nos dice nuestro conferenciante que de entre todos los alienados de las obras cervantinas destaca con preeminencia la figura de Don Quijote, aunque no sean desdeñables otros personajes, como Tomás Rodaja en *El licenciado Vidriera*. Nos pone de relieve la importancia de la locura en los textos de Cervantes un eminente colega psiquiatra, el Dr. Carlos Castilla del Pino en su obra *Cordura y locura en Cervantes* quien nos dice:

[...] no hay en la literatura occidental un autor como Cervantes en lo que respecta a la relevancia concedida al tema de la locura. Sólo en el Quijote se hacen 78 referencias a ella, y a loco, 89. Pero si se consulta el CORDE (Corpus diacrónico del español, de la Real Academia Española), en el conjunto de la obra de Cervantes se hace referencia a la locura 182 veces. Hay alusiones, además, a la dislocación, es decir, a formas pasajeras de alteración del juicio, o próximas o en la antesala de la locura, como los celos, que, dicho sea de paso, tienen su enjundia [...].

En lo concerniente a la relación entre los médicos y Cervantes, se inicia en Inglaterra en el siglo XVII, cuando Blackmore, médico y poeta inglés pone en palabras de Sydenham un consejo que este le dio al pedirle asesoramiento sobre qué libros debía leer para que le sirvieran en el aprendizaje de la Medicina y que fue: “Lea el Quijote, es un libro muy bueno, yo ya lo he leído”.

Sobre nosotros Unamuno decía que “De cuantos comentadores caen sobre el Quijote, no los hay más temibles que los médicos. Al punto se meten a escudriñar de qué especie era la locura de Don Quijote, su etiología, su sintomatología y hasta su terapéutica” y nos comenta el profesor Sánchez Granjel que “conocida es la propensión de los médicos a enjuiciar como profesionales, utilizando el saber que poseen, los frutos de la creación literaria, lo que supone atribuir a seres de ficción realidad biológica, condición humana”.

Repasando este aspecto, el Dr. López-Muñoz de un modo brillante nos recalca en su conferencia la evolución histórica de los diagnósticos médicos con que Alonso Quijano fue etiquetado en cada momento según los saberes de la ciencia médica. Por ser breve no me detendré en ellos, salvo para destacar al Dr. Alonso-Fernández entre los psiquiatras que más recientemente han abordado este tema, quien en su última obra, en 2015, *Don Quijote. El poder del delirio* llega a la conclusión de que Alonso Quijano padecía un síndrome hipomaniaco delirante que evolucionó a trastorno bipolar y remitió por un cuadro febril.

Las respuestas actuales por parte de los psiquiatras ante la posible locura de Alonso Quijano oscilan desde alguno que indica que “si hoy en día Quijano viviera, nadie lo libraría de dar con sus huesos en la Unidad de Psiquiatría de Agudos de un hospital, atiborrado de neurolépticos y a la espera de su curación” hasta los que disienten de considerarlo un enfermo mental. Esta última postura la manifestaron un 30,33 por ciento de un grupo compuesto por más de 600 psiquiatras residentes en España que participó en 2007 en un estudio. Unos opinaron que era un idealista actuando como un loco para escapar de su monótona y aburrida vida; otros, que era un transgresor social; para algunos sería un humorista, etc.

Quizá no tengamos una sola respuesta a la cuestión de si estaba o no loco Alonso Quijano o que esta sea una interrogación. Ya Ortega y Gasset nos decía en las *Meditaciones del Quijote* que “el Quijote es un equívoco” y que

De lejos, solo en la abierta llanada manchega la larga figura de Don Quijote se encorva como un signo de interrogación: y es como un guardián del secreto español, del equívoco de la cultura española.

Añadía allí Ortega:

No existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en que halleemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación.

En el prefacio de la memorable *Encyclopédie* (1751-1765), sus directores Diderot y D’Alambert dejaron constancia de su entusiasmo por la obra cervantina: “Compadecemos a quienes no les gusta la locura de Don Quijote”.

Y ¿qué es lo que más me llama la atención sobre los párrafos previos? Sin duda, que ante nuestro mayor genio literario estuvimos los médicos españoles más de dos siglos sin tenerle en cuenta, consecuencia de la falta de valoración prestada a Cervantes por la cultura española de los siglos XVII y XVIII.

No quiero ni debo alargarme más, pues hoy el protagonismo del acto lo tiene, como debe de ser, el Dr. López-Muñoz.

Para finalizar y tomando como fundamento el proverbio árabe que nos asevera que “libros, caminos y días dan al hombre sabiduría”, no quiero dejar pasar este momento para recalcar la profunda sabiduría que atesora nuestro nuevo asociado. Los libros leídos y publicados por él son innumerables; especial deleite tuve al leer *El vuelo de Clavileño: brujas, locos, pócimas, fármacos, médicos e inquisidores a través de la literatura cervantina*, tras escucharle en la conferencia aludida al inicio de este escrito; sus caminos se parecen a los de Marco Polo y muchos de ellos realizados con fines solidarios, siendo uno de los últimos su participación en una misión humanitaria pediátrica en Burundi; por último, sus días son estimulantes, sobre todo para quien como nosotros en el día de hoy tenemos la dicha de estar con él y escucharle.

Enrique Jorge Enríquez, ilustre médico del siglo XVI, incluye, entre otras cualidades que debe poseer el perfecto médico “que sea el Médico dado a las letras y curioso; que trabaje en su arte y que huya de la ociosidad. Que sea el Médico muy leído y que sepa dar razón de todo”. Pues bien, todas ellas las reúne nuestro conferenciante.

Dr. López-Muñoz como miembro numerario de Asemeya le doy la bienvenida a esta ilustre institución, que es ya su casa. A ella quiero añadir las palabras “con gran afecto”, pues según mi admirado Mark Twain: “Los elogios están bien, los cumplidos están bien, pero el afecto..., ése es el último y más precioso premio que cualquier persona puede recibir”.

Termino dando las gracias a todos los presentes a este acto y, por la tragedia coronavírica en que aún estamos, con un deseo: “Ciencia, ciencia, ciencia y dignidad para vencer esta plaga en el mundo”. *Vale.*